



Seix Barral

Christian Guay-Poliquin

El peso de la nieve





Seix Barral Biblioteca Formentor

Christian Guay-Poliquin

El peso de la nieve

Traducción del francés por
Luisa Lucuix Venegas

Título original: *Le poids de la neige*

© Christian Guay-Poliquin, 2016

© Éditions La Peuplade, 2016

Publicada de acuerdo con L'Autre Agency y The Ella Sher Literary Agency

© por la traducción, Luisa Lucuix Venegas, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3547-4

Depósito legal: B. 16.588-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

11 1. EL LABERINTO

13	Treinta y ocho
15	Treinta y nueve
17	Cuarenta y uno
21	Cuarenta y dos
23	Cuarenta y dos
25	Cuarenta y dos
27	Cuarenta y cinco
35	Cuarenta y cinco
41	Cuarenta y cinco
45	Cuarenta y siete
49	Cincuenta y seis
53	Cincuenta y seis
57	Cincuenta y seis

61 2. DÉDALO

63	Sesenta y dos
65	Sesenta y tres
71	Setenta y uno
73	Setenta y siete
77	Setenta y siete

81 Ochenta y uno

83 Ochenta y uno

87 Ochenta y uno

89 3. ÍCARO

91 Ochenta y cuatro

95 Ochenta y ocho

97 Ochenta y ocho

103 Noventa y seis

105 Ciento nueve

107 Ciento nueve

109 Ciento nueve

115 Ciento nueve

117 Ciento trece

119 Ciento diecisiete

123 Ciento diecisiete

125 Ciento veintiséis

127 Ciento treinta y cuatro

135 Ciento treinta y cuatro

139 Ciento treinta y ocho

141 Ciento cuarenta y siete

145 Ciento cincuenta y uno

151 Ciento cincuenta y uno

155 Ciento cincuenta y uno

159 Ciento cincuenta y uno

163 Ciento sesenta y siete

167 Ciento setenta y cuatro

169 Ciento setenta y cuatro

173 Ciento setenta y cuatro

175 Ciento noventa y dos

179 Doscientos seis

181 4. LAS ALAS

183 Doscientos seis

187 Doscientos ocho

189 Doscientos dos

193 Doscientos cinco

199 5. DÉDALO

201 Doscientos cinco

203 Doscientos cinco

207 Doscientos dieciséis

209 Doscientos diecisiete

215 Doscientos cuarenta y dos

219 Doscientos cuarenta y siete

221 Doscientos cuarenta y siete

227 Doscientos cuarenta y siete

231 Doscientos cuarenta y ocho

235 Doscientos cincuenta y dos

237 Doscientos cincuenta y tres

239 6. ÍCARO

241 Doscientos setenta y tres

243 Doscientos cincuenta y dos

247 Doscientos treinta y nueve

251 Doscientos cuatro

253 Ciento cincuenta y nueve

255 Ciento cincuenta y tres

259 Ciento once

261 Ochenta y nueve

265 Cincuenta y tres

267 Cuarenta y ocho

271 Cuarenta y seis

273 Treinta y nueve

277 Treinta y tres

279 Treinta
281 Treinta
285 Veintinueve
287 Veintiocho

289 7. EL SOL

291 Once

293 Siete

295 *Agradecimientos*

1

EL LABERINTO

Mira. Es un lugar más vasto que cualquier vida humana. Quien trate de huir está condenado a volver sobre sus pasos. Quien piense avanzar en línea recta estará en realidad andando en círculos concéntricos. Aquí, todo escapa al control de las manos y de la mirada. Aquí, el olvido del mundo exterior es más fuerte que cualquier recuerdo. Mira de nuevo. Este laberinto carece de salida. Se extiende dondequiera que posemos los ojos. Mira bien. No hay ningún monstruo, ninguna bestia hambrienta que merodee por estos dédalos. Pero estamos atrapados. O esperamos a que los días y las noches acaben con nosotros, o nos hacemos unas alas y escapamos volando.

TREINTA Y OCHO

La nieve reina soberana. Domina el paisaje, aplasta las montañas. Los árboles se resignan, se inclinan hacia el suelo doblando el espinazo. Sólo las altas píceas se niegan a someterse. Aguantan, enhiestas y negras. Marcan el final del pueblo, el principio del bosque.

Cerca de mi ventana, los pájaros van y vienen entre escaramuzas y picoteos. De vez en cuando, alguno de ellos observa desconfiado la tranquilidad de la casa.

Han fijado horizontalmente una rama fina y sin corteza al marco exterior, a modo de barómetro. Si apunta hacia arriba, es que el tiempo será despejado y seco; si apunta hacia abajo, es que va a nevar. Por el momento el tiempo es incierto; la rama se encuentra justo en la mitad de su trayectoria.

Debe de ser tarde. El cielo gris se ha vuelto opaco y carece de matices. El sol podría estar en cualquier parte. Unos copos revolotean en el aire, aferrándose a cada segundo. A un centenar de pasos de la casa, en el claro, Matthias clava una larga vara en la nieve. Parece el mástil de un barco, pero sin vela ni bandera.

La cornisa está perlada de gotas de agua que afluyen

a la punta de los carámbanos. Cuando sale el sol, brillan como aceros afilados. De vez en cuando se descuelga alguno, cae y se hunde en la nieve. Una puñalada en medio de la inmensidad. Pero la nieve es invencible. Pronto alcanzará el alféizar de mi ventana; luego, el dintel. Y no veré nada más.

Es invierno. Los días son breves y glaciales. La nieve enseña los dientes. Las grandes extensiones se repliegan.

TREINTA Y NUEVE

El marco de mi ventana está húmedo. En la madera se dibujan unos anillos esponjosos y coloridos. Cuando hace mucho frío se recubren de escarcha, de cristales. Parecen líquenes.

Varios troncos crepitan en la estufa. Desde mi cama veo el destello de las brasas al contacto con el aire. Es una estufa antigua e imponente. Sus puertas chirrían nada más moverlas. Y ese amasijo de hierro fundido, negro y ardiente, constituye el centro de nuestras vidas.

Me encuentro solo en la veranda. Todo está inmóvil. Todo está en su sitio. El taburete de la entrada, la mecedora, los utensilios de cocina, todo. Pero sobre la mesa reposa un extraño cilindro dorado. Esta mañana no estaba. Seguro que Matthias ha ido al otro lado, pero no me he dado cuenta de nada.

El dolor no me concede descanso. Me agarra, me oprime, me posee. Para soportarlo, cierro los ojos y pienso que voy sentado al volante del coche. Si me concentro, llego incluso a oír el rugido del motor, a ver el desfile de paisajes, a embelesarme con el punto de fuga de la carretera. Sin embargo, cuando entreabro los ojos la realidad

es aplastante. Estoy condenado a una cama; unas férulas me inmovilizan las piernas. Mi coche no es más que un amasijo de chatarra retorcida bajo la nieve, en alguna parte. Y ya no soy dueño de mi destino.

 Mi estómago rompe el silencio. Tengo hambre. Me siento débil y anquilosado. Sobre la mesita de noche sólo quedan unas migas de pan negro y un fondo aceitoso de café. Matthias debe de estar al llegar.

CUARENTA Y UNO

La puerta se abre y una bocanada de aire frío irrumpie en la estancia. Matthias entra y lanza un brazado de leña junto a la estufa. Los troncos entrechocan y unos pedazos de corteza caen al suelo.

Matthias se quita el abrigo, se arrodilla y aviva el fuego con el atizador. Tras él, las huellas de sus botas se funden y se alargan siguiendo el desnivel del suelo.

No hace mucho frío, dice acercando las manos al fuego, pero hay mucha humedad. Te cala hasta los huesos.

Cuando las llamas rugen y comienzan a lamer las paredes metálicas de la estufa, Matthias cierra la trampilla, pone a calentar una olla de sopa y se vuelve a mirarme. Las pobladas cejas, los cabellos blancos y las esplendorosas arrugas que le surcan la frente le dan un aspecto de científico loco.

Tengo algo para ti.

Frunzo el ceño. Matthias toma el cilindro dorado que estaba sobre la mesa y me lo tiende. Una amplia sonrisa le surca el rostro. El cilindro es pesado y telescópico. Los extremos son de vidrio. Lo examino del derecho y del revés. Es un catalejo, como los que utilizaban los marine-

ros de antaño para localizar la línea de la costa o las naves enemigas.

Mira afuera.

Me enderezo en la cama, extendiendo el tubo corredizo y me lo pego al ojo. Todo converge hacia mí y las cosas se perfilan con precisión, como si estuviera del otro lado de la ventana: los trazos negros de los pájaros, las huellas de pasos en la nieve, la calma desconcertante del pueblo, la linde del bosque.

Mira de nuevo.

Sin embargo, yo me sé este decorado de memoria. Hace mucho tiempo que lo observo. En realidad ya no me acuerdo del verano, por culpa de la fiebre y de las medicinas, pero he asistido al lento movimiento del paisaje, al cielo gris del otoño, a la luz rojiza de los árboles. He visto cómo las heladas engullían los helechos, cómo se partían las hierbas altas con la más mínima brisa, cómo los primeros copos se posaban sobre el suelo helado. He visto las huellas dejadas por los animales que inspeccionaron los alrededores después de la primera nevada. Desde entonces, el cielo no para de enterrar el decorado. La espera domina el paisaje. Y todo se ha pospuesto hasta la primavera.

Es un decorado sin salida. Las montañas recortan el horizonte, el bosque nos cerca por completo y la nieve hace daño a la vista.

Mira bien, exclama Matthias.

Examino entonces la larga vara que Matthias acaba de instalar en el claro. Me doy cuenta de que está minuciosamente graduada.

Es para medir la nieve, anuncia triunfal.

Gracias al catalejo compruebo que la nieve ha alcanzado los cuarenta y un centímetros. Me pierdo en el blan-

co del paisaje por un instante, luego me dejo resbalar sobre la cama y cierro los ojos.

Genial, me digo. Ya tenemos algo con lo que medir nuestra angustia.

CUARENTA Y DOS

Matthias está haciendo pan negro. Una especie de ladrillo de harina de trigo sarraceno y melaza. Dice que es consistente y nutritivo. Y que es lo mejor que existe cuando hay que racionar los víveres en espera de la próxima entrega.

Como un viejo chamán, mezcla, aglutina y moldea la masa con una economía de movimientos sorprendente. Cuando ha terminado, se sacude la ropa en medio de una nube de harina y pone a cocer las tortas de pan negro directamente sobre la superficie de la estufa.

El tiempo se ha despejado. Observo las casas del pueblo, entre los árboles, al pie de la colina. La mayoría no muestra señal de vida alguna, pero unas cuantas chimeneas humean generosamente. Las columnas grises ascienden muy rectas hacia el cielo, como si rechazaran desvanecerse en la inmensidad. Hay doce. Trece con la nuestra. Con el catalejo parece como si el pueblo estuviera muy cerca, pero no es sino una ilusión. Está a más de una hora a pie. Y yo no consigo salir de la cama todavía.

Creo que ya hemos pasado el solsticio. El recorrido del sol en el cielo todavía es muy breve, pero los días se

alargan sin que nos demos cuenta. También hemos debido de dejar atrás Año Nuevo. No sé muy bien. En realidad ya no tiene importancia. Hace mucho que perdí la noción del tiempo. Y el gusto por la palabra. Nadie puede resistirse al silencio cuando se está encadenado a unas piernas rotas, un invierno en un pueblo sin electricidad.

Todavía tenemos una buena reserva de leña, pero disminuye con rapidez. Vivimos en una veranda cosida de corrientes de aire y, durante la noche, Matthias se despierta muchas veces para alimentar la estufa. Cuando se levanta viento, sentimos que el frío nos tiene en la palma de su mano.

Nos traerán leña y víveres de aquí a unos días. Mientras tanto, por mucho que me diga que he sobrevivido a un terrible accidente de tráfico, sé que ya no soy capaz de hacer nada por mí mismo.

CUARENTA Y DOS

Una media luna mece el cielo negro. Sobre la nieve se ha formado una costra espesa. Con los reflejos de la noche, parece un mar en calma e iridiscente.

La lámpara de aceite ilumina las paredes de la estancia dibujando sombras doradas. Matthias se aproxima con un cuenco de sopa y una torta de pan negro. Siempre comemos sopa y pan negro. Los restos de cada sopa sirven de base para la siguiente. Cuando llegamos al fondo de la olla, Matthias añade más agua y todo lo que tenga a mano. Si disponemos de carne, se afana en cocer los huesos y la grasa para recuperar el caldo. Verduras, pan duro, todo se echa a la sopa. Y cada día, en cada comida, nos tragamos esta sopa interminable.

Mientras Matthias se sienta a la mesa y junta las manos con discreción, yo engullo todo lo que puedo. A menudo termino mi plato antes de que él haya empezado el suyo.

Al principio, Matthias tenía que forzarme a comer para que me recuperase y recobrara algo de color. Me ayudaba a incorporarme y me alimentaba con paciencia, a pequeñas cucharadas, como a un niño. Hoy consigo apoyar la espalda en la almohada por mí mismo. El dolor

y el cansancio persisten, pero he recuperado el apetito. Si logra hacerse con unos litros de leche, Matthias prepara queso con el cuajo que ha encontrado en la lechera del establo. A veces lo comparte con la gente del pueblo, pero casi siempre está tan bueno que nos lo zampamos en unos días, directamente de la gasa en la que se estuvo escurriendo.

La cicatrización de las heridas me exige mucha energía. Al igual que calcular el tiempo que pasa. Quizá debería hacer como Matthias y limitarme a decir antes de la nieve o desde que empezó a nevar. Pero eso sería demasiado fácil.

Hace meses que no hay electricidad. Me contaron que en el pueblo empezó con unos cortes de luz. Nada preocupante. Los vecinos llegaron casi a acostumbrarse. Duraba unas horas y luego volvía. Hasta que, una mañana, ya no volvió. Ni aquí ni en ningún sitio. Era verano. La gente se lo tomó por el lado bueno. Sin embargo, con la irrupción del otoño, tuvieron que pensar en organizarse. Como si los hubiera cogido por sorpresa. El invierno se ha instaurado y ya no hay nada que hacer. En las casas se vive pegado a la estufa de leña y a unas cuantas cacerolas ennegrecidas.

Matthias termina la sopa y empuja el cuenco hacia el centro de la mesa.

Durante un instante no ocurre nada. Me gustan especialmente esas pequeñas pausas que siguen a las comidas.

Pero no duran nunca mucho tiempo.

Matthias se levanta, recoge la mesa y lava los cuencos en el fregadero. A continuación, guarda las tortas de pan en una bolsa de plástico, dobla la ropa que colgaba de la cuerda de tender sobre la estufa, coge el maletín de primeros auxilios y acerca una silla.

CUARENTA Y DOS

Matthias carraspea como si se dispusiera a leerme una historia. Pero no dice nada, hace crujir el cuello hacia ambos lados y retira la colcha que me cubre las piernas.

Vuelvo la cabeza. Matthias quizá piense que estoy mirando afuera, pero su reflejo se ve muy bien en el cristal oscuro. Una a una, desabrocha las correas de mi férula derecha. Me desliza una mano bajo el talón y me levanta la pierna.

El pulso se me acelera. El dolor ruge y me inmoviliza como un animal ágil y poderoso.

Matthias desenrolla mi vendaje con paciencia. Sus gestos son lentos y metódicos. Cuando llega a las últimas vueltas de la gasa, siento el tejido que se adhiere a la piel a causa de la humedad, la sangre, la infección. Corta el resto de la venda con las tijeras y lo retira todo de una vez, con una precaución calculada. Inspiro profundamente y me concentro en el aire que penetra con fuerza en mi caja torácica. Matthias echa la cabeza hacia atrás. Imagino que evalúa la rojez, la hinchazón, el callo óseo, la forma de la tibia y de la rodilla.

Pronto habrá que quitarte los puntos, observa mientras me desinfecta la herida.

La sensación de quemazón es intensa. Tengo la impresión de que la carne se me está deshaciendo sobre los huesos.

¡No te muevas!, protesta Matthias. Déjame trabajar.

Intento dirigir la mirada lo más lejos posible de mis piernas, hacia el fondo de la habitación, donde hay dos puertas. La puerta de la entrada y la que lleva al otro lado. Observo la estufa enorme, los objetos sobre las estanterías, el techo con sus vigas escuadradas con hacha. Dos bombillas penden de él, como esqueletos de dinosaurio en un museo.

Matthias saca un tubo de crema del maletín de primeros auxilios e intenta descifrar la etiqueta. Suspirando, se saca las gafas del bolsillo de la camisa y se las pone en la punta de la nariz.

Esto debería valer.

Antes de volver a ponerme las vendas, me aplica una espesa capa de ungüento sobre la herida. Está frío. Eso me alivia durante unos instantes. Hasta que me aprieta de nuevo las correas de la férula para inmovilizarme la pierna y el corazón empieza a golpearme con fuerza en las sienes. Me aferro a las sábanas maldiciendo mi suerte. Matthias me habla. Sus labios se mueven, pero no oigo nada. Creo que trata de decirme que ya ha terminado. Al cabo de unos segundos, el dolor disminuye un poco y su voz llega débilmente hasta mí, como si estuviéramos muy lejos el uno del otro.

Aguanta, me dice, aguanta; ahora hay que ocuparse de la otra pierna.

CUARENTA Y CINCO

Creo que ha nevado un poco durante la noche, pero esta mañana el cielo está azul y compacto. Colgados de la cornisa, los carámbanos centellean.

Sobre la estufa hay una olla repleta de nieve. Este otoño, Matthias sacaba el agua directamente del riachuelo que baja hacia el pueblo. Era clara y límpida. Sabía a guijarro y a raíces. Algunas mañanas tenía que romper el hielo para llenar el cubo. Al principio bastaba con presionar la superficie, pero poco después hubo de servirse de una rama, luego de un hacha. Un día se cansó y empezó a derretir nieve. No tiene el mismo sabor, pero no puedo quejarme. Aquí es Matthias el que se ocupa de todo. Él es el que alimenta la estufa, el que cocina, el que vacía el orinal en el que hago mis necesidades. Él es quien decide, quien dispone, quien asume. Aquí, él es el dueño del espacio y del tiempo.

Me encuentro impedido. No tengo fuerzas y, todavía menos, movilidad. Ni siquiera tengo el coraje de comunicarme, de interactuar, de conversar. Ni las ganas. Prefiero rumiar mi mala suerte en silencio. Al principio, Matthias no comprendía por qué me quedaba callado. Luego, con el tiempo, creo que se ha acostumbrado.

Desde el accidente, me cuesta establecer el curso de los acontecimientos. Con el dolor, la fiebre y la fatiga, tengo la impresión de que se ha alterado la duración habitual de los días y las semanas por la impaciencia de la nieve. Todo ha ocurrido muy rápido, me parece. El accidente, los guardas, la operación y, de repente, me he visto aquí, con Matthias. Soy consciente de que en ningún momento me ha querido con él. De que mi presencia lo incomoda, lo molesta. De que se le torcieron los planes. Desde la avería eléctrica, nada ocurre como él lo había previsto.

Cuando me encontraron bajo el coche volcado, los guardas enseguida vieron que estaba condenado. No había nada que hacer. Tenía las piernas destrozadas por el impacto. Había perdido mucha sangre. Por fortuna, al iluminarme la cara, uno de ellos creyó reconocermelo y convenció a los demás de que me llevaran al pueblo.

Estaba lloviendo. Una tromba de agua se abatía sobre el bosque. Me acuerdo de que los que me transportaban avanzaban con dificultad a causa del barro. No había médico en el pueblo. Sólo una veterinaria y un farmacéutico. Desde la avería, ellos eran los que curaban a los heridos y a los enfermos. También ellos se ocupaban de los casos graves para los que ya no había esperanza.

Estaba acostado en una pequeña habitación oscura. Me habían envuelto las piernas en unos gruesos vendajes y esposado las muñecas a la estructura de la cama. A través de los tablones que cegaban la ventana se filtraba un poco de luz. Cada vez que levantaba la cabeza para ver dónde estaba, un dolor fulminante me atravesaba el cuerpo.

Se acercaban con frecuencia a mi cabecera. A llevarme de comer. A darme pastillas. A hacerme preguntas.

¿Mi nombre? ¿Mi trayecto? ¿El accidente? A mí me dolía, me dolía mucho. Y el mundo se reducía a un puñado de siluetas inclinadas sobre mí, como si miraran a un pozo sin fondo desde arriba. Insistían para que respondiera a las mismas preguntas una y otra vez. Por mucho que gritara y forcejeara, parecía que nadie entendía lo que les contaba. Seguro que se preguntaban si no sería mejor acortar mi sufrimiento que tratar de curarme.

Cuando por fin me dejaban solo, aguzaba el oído para entender lo que ocurría en la habitación contigua. La gente entraba y salía. A veces levantaban la voz y conseguía descifrar las conversaciones. Otras, susurraban y ya nada era realmente audible.

Había sido un accidente violento. Estaba confundido. Soñaba con mi coche. Buscaba a mi padre. Mis recuerdos se solapaban. Veía la escena sin cesar: días y noches conduciendo, la avería eléctrica, las gasolineras desvalijadas, las milicias al borde de la carretera, el pánico en las ciudades. Y, de repente, a unos kilómetros del pueblo, ante la luz exánime de los faros, dos brazos levantados al cielo. Los neumáticos que chirrían sobre la calzada. Un volantazo. Un impacto sordo. La sangre. Las fisuras en el parabrisas. Las vueltas de campana. Mi cuerpo eyectado de la cabina. Y el peso del coche volcado sobre mis piernas.

Hacía más de diez años que me había ido del pueblo. Más de diez años sin dar noticias, o casi. Había enterrado el pasado y no pensaba volver a poner los pies aquí. Pero al guarda no le quedaba la menor duda sobre mí e insistía en que me curaran. Su voz resonaba claramente al otro lado de la pared.

Ya basta. No podemos dejarlo morir así. ¿No lo reconocéis? Es el hijo del mecánico. Lleva mucho tiempo sin volver por aquí. Está en estado de *shock*. Dadle al menos

una oportunidad. Su padre acaba de morir, pero todavía le queda familia en el pueblo. Sus tíos viven a la entrada del camino de la mina. Voy a buscarlos.

Mis tíos y mis tías acudieron. Al principio creí que eran fantasmas, luego reconocí sus voces y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Sí, confirmaron mis tíos impactados por mi estado lamentable, se trata de él. Y mientras tanto mis tías me tomaban las manos intentando entender lo que me había ocurrido. Estaba tan contento de verlos que no conseguía pronunciar una palabra.

Las esposas, quitadle las esposas, exigieron. Ahora mismo.

Les explicaron que estaba muy agitado desde que me había enterado de la muerte de mi padre y que había que procurar que no agravara mis heridas. Mis tíos y mis tías se marcharon al cuarto de al lado. Sé que hablaron de mi situación, pero no oí muy bien lo que decían. Parecía serio.

Un poco más tarde, la veterinaria y el farmacéutico entraron en la estancia. Se instalaron cerca de mi cama. Tras encender su linterna frontal, la veterinaria cortó los vendajes que ceñían mis piernas. Yo la miraba con el rabillo del ojo porque su cara me sonaba. Se le endurecieron las facciones cuando constató la gravedad de las heridas. Se volvió hacia el farmacéutico. Éste asintió con la cabeza. Mientras se ponía una mascarilla y unos guantes, la veterinaria me lanzó una mirada y comprendí que ella también me había reconocido. Cuando el farmacéutico me colocó una gran esponja sobre la boca y la nariz, ella me dijo que contara hasta diez. Su voz. Sí, su voz me recordaba a alguien. Sí, su voz me sonaba, pero no conseguía acordarme de su nombre. El haz de su linterna barría la estancia. Luego todo se volvió negro.

Cuando recuperé el conocimiento, no sabía dónde estaba. Por suerte, mis tías se hallaban junto a mi cama. Las oía hablar en voz baja. Levanté la cabeza y vi que tenía las piernas inmovilizadas dentro de unas imponentes férulas de madera. En cuanto se dieron cuenta de que empezaba a moverme, corrieron hacia mi cabecera.

No te preocupes. La operación ha salido bien. Todo va a ir bien. Saldrás de ésta. Toma, bebe un poco. Descansa. Tienes que recuperar fuerzas. Sí, descansa.

Un instante después estaba agotado y me sumergí de nuevo en pesadillas de persecuciones, de animales hambrientos y laberintos.

Al día siguiente o a los dos días, ya no lo sé, el guarda volvió a visitarme. Me quitó las esposas, por fin. Había traído agua, un trozo de pan y atún en conserva. También aprovechó para hacerme preguntas. Cuando vio que no le respondía, se calló durante un rato y luego cambió de estrategia.

Aunque la electricidad termine por volver, ya nada será igual. Ya sabes, todo lo que ha ocurrido desde la avería ha transformado la vida de antes. Puede que aquí nos las apañemos un poco mejor que en la ciudad, pero no es nada fácil. Al principio, todo el mundo se ayudaba; luego a algunos les entró el pánico, muchos han abandonado el pueblo y otros han tratado de aprovecharse de la situación. Ahora hemos restablecido la calma. Distribuimos la comida y hacemos rondas de vigilancia. Pero ya sabes, hay que estar en guardia. Todo puede dar un vuelco al menor incidente.

La llegada de la veterinaria y el farmacéutico interrumpió al guarda.

¿Cómo se encuentra?

No muy mal.

La veterinaria me examinó las piernas mientras el farmacéutico me administraba un cóctel de comprimidos.

No tiene fiebre, dijo la veterinaria tomándome la temperatura.

Eso es por lo que le estoy dando, intervino el farmacéutico, nada más.

La veterinaria se acercó a mí para decirme que tenía los huesos fracturados en distintos sitios, que había llevado a cabo varias intervenciones como aquella en el pasado, pero sólo en vacas, caballos y perros.

La miré sonriendo.

Ella me pasó la mano por el pelo.

Saldrás de ésta.

Luego se fueron a la habitación contigua con el guarda. Oía la voz del farmacéutico a través del tabique.

Ha sobrevivido al accidente, ha reaccionado bien a la operación, pero las heridas se le acabarán infectando. Es inevitable. Va a necesitar muchos antibióticos y analgésicos, y nuestras reservas son limitadas.

Se preguntaban quién se ocuparía de mí. Mis tíos, sin duda. Con la avería, todo el mundo estaba desbordado. Había tanto por hacer... ¿Qué otra persona tendría tiempo de ocuparse de un herido grave, de curarlo, de alimentarlo, de lavarlo?

Bajaron la voz y perdí el hilo de la conversación.

Unos días más tarde tenía las piernas hinchadas y las heridas estaban tan sensibles que apenas conseguía respirar. Estaba entumecido y sudoroso. Había que ayudarme para todo. Se iban turnando junto a mi cama. Y se tapaban los oídos para no oír mis lamentos febriles.

Dos veces al día, la veterinaria aparecía para ponerme unas inyecciones. Eso me daba unas horas de

tregua, antes de que volviera el dolor y me nublara la vista.

Lo sabía, suspiraba el farmacéutico, sabía que terminaríamos dándole todas nuestras medicinas.

Con las pastillas y las inyecciones conseguía conciliar el sueño, pero al abrir los ojos no sabía si había dormido unos minutos, unas horas o varios días. La mayor parte del tiempo soñaba que me sujetaban en el suelo y alguien me cortaba las piernas. A hachazos. Y no era una pesadilla. De repente me sentía liberado.

Mis tíos y mis tías acudían con frecuencia a visitarme. Aunque a mi alrededor todo fuera un teatro de sombras, los oía hablar, contar historias y algunos chistes. Un día, me explicaron que no podrían esperarme. Era temporada de caza. Muchas familias se habían marchado ya al bosque. La electricidad no volvía, y había que asegurar las reservas de comida antes del invierno.

Nos vamos al campamento de caza, me anunciaron, regresaremos dentro de unas semanas con carne, mucha carne. Nos habría gustado que vinieras con nosotros, pero es imposible. De aquí a entonces, no te preocupes, estás en buenas manos. Nos han prometido que cuidarán de ti. Y tú tienes que concentrarte en tu recuperación.

Me dijeron adiós uno a uno y se fueron. Habría querido retenerlos.

Más tarde, un pequeño grupo entró en mi habitación. El guarda, la veterinaria y el farmacéutico figuraban entre ellos. Alguien tomó la palabra para decir que era impensable que me quedara allí, en aquella casa. Sentía las miradas recorriendo las paredes a mi alrededor, deslizándose por el suelo y desapareciendo por sus rendijas. Nadie quería un lastre adicional. Quizá tendrían que haberme abandonado a mi suerte, atrapado bajo el coche. La vete-

rinaria rompió el silencio y se ofreció para hacerse cargo de mí hasta que volviera mi familia. El farmacéutico la contradijo en el acto.

Es absurdo, no podemos llevarlo a casa. Hemos hecho lo que hemos podido. Tenemos que atender a los otros enfermos.

El guarda se había acercado como si quisiera hacer una sugerencia. Pero no dijo nada.

Puedo solucionar su caso, prosiguió el farmacéutico. Nos quitaría un peso de encima a todos. Ya veis que sufre un martirio.

La veterinaria miraba fijamente al guarda, que se había quedado en medio de la estancia. Fue en ese momento, creo, cuando él mencionó al viejo que se había instalado en la casa que había en lo alto de la cuesta.

Ya sabéis, el anciano que llegó aquí a principios de verano. Tenía el coche estropeado y buscaba un mecánico. Luego se produjo la avería y no pudo volver a irse. Lo vemos de vez en cuando, cada vez que baja al pueblo. Ya sabéis, siempre que se le pregunta, repite que tiene que regresar a la ciudad, que su vecina va a venir a buscarlo cualquier día de éstos. Sin embargo, no ha venido. En el fondo, nadie se cree realmente lo que cuenta, pero todo el mundo sabe que no les pone pegas a las raciones que le damos. Me lo crucé el otro día, cerca de la iglesia. Estuvimos hablando un rato. Es obvio que es mayor, pero tiene pinta de estar en forma, ya me entendéis. Y mucho más lúcido de lo que parece.

¿Él?, se extrañó el farmacéutico. Intentó robar una camioneta no hace mucho. Lo sorprendí mientras forzaba la puerta. Hizo como si nada, como siempre. Es un viejo taimado. Pero por qué no. Podríamos confiarle a nuestro herido.